

Testimonio de un joven ex-presidiario quien afirma que, “gracias a Dios, tomé mi vida para reconstruirla de nuevo”

es.josemariaescriva.info

«En mi infancia recibí una buena educación católica pero en la adolescencia mis amigos me decían: “Dios no existe, qué tontería, hay que progresar, hay que modernizarse...”. Y yo me dejaba llevar... A veces es bueno que venga alguien y te hable claro, y a mí, San Josemaría me habló a través de ese libro...

Incluimos el escrito de J.A., joven ex-presidiario, quien afirma que “gracias a Dios, tomé mi vida para reconstruirla de nuevo”.

Tenía 29 años y llevaba dos en prisión a causa de un delito. Por aquel entonces, veía a Dios muy lejos de mi vida. Le veía a Él en el cielo y a mí en la tierra. Lo único que tenía claro era que existía.

No sabía nada de **San Josemaría Escrivá**, hasta que una Religiosa de las Hijas de la Caridad me trajo un libro llamado [Amigos de Dios](#). Después de leer dicho libro, puedo decir que, ahora sí sé que Dios no sólo está en el cielo y en la tierra, sino que también está dentro de mí.

En mi infancia recibí una buena educación católica pero en la adolescencia mis amigos me decían: «Dios no existe, qué tontería, hay que progresar, hay que modernizarse...». Y yo me dejaba llevar... A veces es bueno que venga alguien y te hable claro, y a mí, San Josemaría me habló a través de ese libro.

Me di cuenta de lo lejos de mi vida que había dejado al Señor y de cuánto le había defraudado. Ahí empecé a entender que Dios no es un número de socorro para llamar en caso de emergencia; descubrí que hay que quererle en las buenas y en las malas, y hay que tenerle siempre al lado, porque sin Él, no se puede hacer nada.

Gracias a ese libro empecé un camino que hasta hoy no me he arrepentido de tomar. Empecé a leerme [todos los libros](#) de San Josemaría y se los prestaba a mis compañeros de la cárcel, ¡que no me los devolvían!

Al pasar la cruz de la *JMJ* por la prisión, algo fuerte me sacudió el corazón y nació un sueño, un proyecto maravilloso: traer a mi hermana, que vivía en mi país, a la *JMJ* de Madrid y participar con ella. Yo trabajaba en la lavandería de prisión y ganaba muy poco dinero, pero ahorrándolo podía empezar a planteármelo seriamente.

Por aquel entonces mi hermana tenía 20 años, estudiaba en la Universidad y no contaba con los recursos económicos para poder venir. Mi familia se rompió hace seis años: mi padre abandonó a mi madre y las dejó, a ella y a mi hermana, prácticamente desahuciadas. Mi hermana, es cierto, estudia gracias a mi padre, pero con muchos esfuerzos.

Con esta ilusión, puse toda mi esperanza en el Señor y, después de un año de privarme de hasta lo más mínimo, logré reunir el dinero y enviárselo. Así, ella pudo inscribirse en la *JMJ* con la delegación oficial de la Conferencia Episcopal de mi país.

Cuando parecía que el sueño empezaba a hacerse realidad, a mí me denegaron el permiso para asistir a la *JMJ*. Llevaba cumplidos 4 años de una condena de 6, me quedaban 3 meses para obtener la libertad condicional, e inexplicablemente, la prisión, sabiendo que mi hermana venía y que yo había reunido el dinero con mucho sacrificio, me denegó los permisos sin razón alguna.

A dos meses de la *JMJ* estaba que me tiraba de los pelos; había escrito cartas al director de la prisión, al juez,

a la Fuerza de Vigilancia Penitenciaria... les explicaba mi situación y la ilusión que me hacía vivir la *JMJ* con mi hermana, después de 4 años sin verla y sin ver a nadie de mi familia, ya que en España no tengo a nadie. No recibía respuesta y ya empezaba a perder la esperanza. Veía la *JMJ* a la vuelta de la esquina y estaba a punto de darme por vencido. En ese momento, mi hermana empezó una novena a San Josemaría, 9 días de mortificación, oración y recogimiento, pidiéndole que me dieran ese permiso que tanto necesitaba.

Ya me había hecho a la idea de que sólo mi hermana estaría en Madrid en agosto; para mí eso era lo más importante. Sin embargo, no dejaba de sentir por dentro la impotencia de que, a pesar de tanto esfuerzo, de tantas privaciones, no iba a poder acompañarla y que tendría que conformarme con verla dos horas tras un cristal. Tanto viaje para verla así.

Entonces, sucedió el milagro: el día después de que mi hermana terminara la novena, el décimo día, me llegó la resolución de la Fuerza, en donde resolvía autorizarme a salir los seis días de la *JMJ* para ir a Madrid y reencontrarme con ella.

No podía creerlo, pero por fin llegó la fecha de la *JMJ* y volví a ver a mi hermana. El momento culmen de esa semana fue el encuentro de los jóvenes con el Papa en Cuatro Vientos. Aquella noche decidí no hacer esperar más al Señor; decidí entregarle mi vida, vivir sólo para Él. Vivir en santidad, santificar mi trabajo, mis estudios, que empiezo a retomarlos; y santificar mi vida y la de los demás.

San Josemaría me ha enseñado a vivir: ese hombre me hizo reaccionar y le debo mucho de lo que soy. Él me formó espiritualmente y me ayudó a limpiarme por dentro, a perdonar, a pedir perdón, a perdonarme a mí mismo, y me enseñó que Jesús es realmente nuestro amigo, nuestro Padre, y que nos ama más que nadie. Antes de conocerle yo no tenía nada, no era nada. Ahora soy feliz y mi vida, gracias a Él, por fin tiene sentido.

Ahora que ya he cumplido mi condena, he vuelto a mi tierra distinto de como entré a la prisión; y todo gracias a Dios, que tomó mi vida para reconstruirla de nuevo. Ahora que le he entregado mi vida me estoy preparando para, si Dios quiere, acceder al seminario.

J. A.